
EDITORIAL

Cuando hoy se aboga por un mejoramiento de la liturgia con frecuencia se piensa en la conveniencia de ser "imaginativo" y "creativo", de no repetir esquemas y modos de otros tiempos; hace pocos años, en cambio, mejorar la celebración significaba más bien recuperar usos antiguos —con esta visión nació el Movimiento litúrgico que ha conducido a la Iglesia a la reforma actual— para devolver a la liturgia su más genuino sentido. Un innegable "balanceo" se ha dado, pues, a este respecto; balanceo sobre el cual es conveniente reflexionar si no se quiere caer en aquella superficialidad que se deja arrastrar por cualquier moda que pronto fenece sin dejar otro rastro que el escepticismo ante cualquier nueva realización que pretenda proponerse como mejor.

Contraponer amor a lo antiguo con deseo de vivir "encarnado" en nuestro tiempo, en el fondo no tiene sentido en el ámbito eclesial y, por tanto, tampoco en el ámbito litúrgico; porque la Iglesia es radicalmente "conservadora" y, al mismo tiempo continuadora de la "encarnación" de un Dios que se hace hombre para "comprender" experimentalmente a los hombres (cfr. Hb 4,15). "Conservadora" es la Iglesia porque su misión radica en "conservar" el recuerdo de Jesús, no en inventar ideas propias (bastaría releer el interrogatorio litúrgico previo a la ordenación episcopal para convencerse hasta qué punto para ser pastor de la Iglesia es

necesario ser "conservador" de este recuerdo); y "encarnada" al mismo tiempo, porque el recuerdo de Jesús lo ha de entregar de tal forma a los hombres de cada generación que a cada una de ellas le sea factible continuar siendo cristiana. Por otra parte no puede olvidarse que el Jesús en quien la Iglesia confía no se manifestará sino en el futuro, en la escatología; por ello la Iglesia está siempre tensa hacia el futuro: "no recuerda lo de antaño, no piensa en lo antiguo, pues el Señor va a realizar algo nuevo" (Cfr. Is 42,18).

Incluso desde un punto de vista humano resulta indudablemente confortante descubrir hasta qué punto nuestra fe de hoy, nuestras maneras actuales de vivir el misterio de Cristo, han sido ya las maneras de vivirlo de cristianos muy remotos en el espacio y en el tiempo; al buscar, pues, que nuestra fe se "encarne" nos conforta experimentar que se trata siempre de la fe "conservada" a través de los siglos y vivida ya por otros creyentes que centraron su vida en Cristo y en su misterio pascual como nosotros deseamos hacerlo hoy.

En este número de *Oración de las horas* presentamos a este respecto —siguiendo lo que sugiere la "Institutio" de la Liturgia de las Horas (n. 250)— una sugerente antología de sermones de San Agustín (+ 427) sobre la Ascensión del Señor para ser leídos en el Oficio en la semana VI de Pascua. Estos sermones, introducidos por un interesante artículo de Alexandre Olivar, ayudarán a constatar cómo un obispo del s. V, pastor de una pequeña comunidad de Africa, interpretaba ante un auditorio de gente sencilla ciertos pasajes de la Escritura con una visión que aún hoy resulta "actual" y sugerente. Esta experiencia enriquece, sin duda alguna, nuestro horizonte cristiano y nos hará más "universales" y más "católicos". Será una nueva experiencia de cómo la reforma litúrgica, realizada según las maneras que proponen los actuales libros litúrgicos-reformados, es al mismo tiempo "conservadora" y "renovadora".

P.F.